

vuestro, y me aparte de vuestra santa Ley. Haced, ó benignísimo Redentor, que mi resurreccion de la culpa sea semejante á la vuestra, que fué á la vida inmortal; y no á la de Lázaro, que volvió á morir.

§. II.

DE LA GLORIA ETERNA.

Volvamos al Salvador resucitado, que despues de haber con varias apariciones consolado á sus discípulos, se fué con ellos al Monte Olivete, donde les dijo aquellas amorosísimas palabras; Yo voy á prepararos lugar en el cielo; vendré de nuevo á veros y llevaros conmigo, para que esteis vosotros donde yo estoy; y habiendoles dado á besar las sagradas Llagas, y despidiendose de su santísima Madre, dándoles con su benéfica mano la bendicion: *Videntibus illis elevatus est*; poco á poco, á vista de todos, se fué levantando y subiendo al cielo.

Tenian los discípulos fijos y llenos de lágrimas tiernísimas sus ojos en aquel maravilloso objeto, hasta que una nuhe, resplandeciente como el sol, se les quitó de la vista; pero no de los corazones, que quedaron siempre amantes y deseosos con ansia de aquella felicísima gloria; de suerte, que ni sabian hablar de otra cosa, que acabar presto la vida, por gozar de la gloriosa presencia del Salvador. ¿Mas qué entendimiento podrá comprehender la fiesta y triunfo con que fué recibido el Redentor en el cielo? ¿Cómo toda la corte celestial le salió al encuentro para acompañar á su Señor, que volvía de la guerra vic-

torioso y teñido de gloriosísima sangre? ¿Cómo miraban extáticos de asombro aquellas Llagas, causa y objeto de una nueva bienaventuranza? ¿Con qué júbilos y aplausos le acompañaron, hasta que subiendo sobre todas las angélicas gerarquias, se sentó la segunda Humanidad á la diestra del Padre en el mas elevado trono de la gloria? ¡O inefable dignidad! ¡O incomprensible excelencia de la naturaleza humana! Ser ensalzada sobre los cuerubines y serafines con real diadema y cetro Omnipotente en cielo y tierra: *Data est mihi omnis potestas in Coelo, et in terra.* (MATTH. 28.)

De la Ascension de Cristo tomaron tal brio y corazon los Apóstoles, que no hacian caudal de cosa alguna del mundo, y vivian mas en el cielo, que en la tierra. Deseaban los tormentos, desafiaban la muerte, que los sacase de esta vida, y los colocase donde estaba el blanco de todos sus deseos. Tambien nosotros de la Ascension del Salvador hemos de sacar heroicos y magnánimos pensamientos, para obrar y padecer grandes cosas por Dios. ¡Cuánto se debe avivar y fortalecer nuestra esperanza, sabiendo que él mismo prometió que iba á disponernos lugar en el cielo, adonde subia, no solamente para sí, sino para nosotros! Y como cabeza, tomaba la posesion de aquella gloria para los otros miembros suyos, que son sus fieles. Rompió los cerrojos con que estaban cerradas las puertas del paraíso por el pecado de Adán. Nos allanó el camino, yendo delante, para que siguiendo nosotros sus pisadas, pudiésemos llegar á la celestial pátria, de que éstamos desterrados. Llevó consigo, como por prenda y señal, las almas de los santos padres, que habia sacado del limbo, para que empezasen á go-

zar el fruto de su victoria, y ocupar las sillas, de que habian caido tantos ángeles.

Además de esto, ¡qué encendida é inflamada queda la caridad con la subida del Señor al cielo! Porque si donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazon, hallandose Jesus, nuestro único tesoro en el cielo, ninguna razon permite que nuestro corazon y amor esté en la tierra: *Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia.* (SERM. DE ASCENS.) Por eso dijo gravemente el Pontífice san Leon: „La Ascension de Cristo es exaltacion del cristiano; porque donde ha precedido „la gloria de la cabeza, allá espera llegar todo „el cuerpo. Ya hemos entrado, no solamente en „la posesion del paraíso, sino tambien con la Humanidad de Cristo, hemos subido á la mas excelsa parte del cielo. Alegrémonos, pues, con gozo espiritual, y con accion de gracias celebremos gran fiesta, levantando los ojos bien limpios „á aquella altura de gloria, en que está colocado el Salvador.” No abatan deseos terrenos aquellos corazones, que Dios eleva y convida á los celestiales bienes. No ocupen los bienes de la tierra, caducos y transitorios, aquellos espíritus, que están escogidos para los eternos. Pasen los fieles por las cosas temporales, de modo, que conozcan ser peregrinos en este valle de lágrimas, y se acuerden siempre, que caminan á la amada patria, país de toda la felicidad. Sean nuestros corazones como otras tantas esferas ó círculos perfectos, que con un solo punto toquen lo bajo de la tierra, y con todo el resto se levanten en lo alto ácia el cielo.

¡O si frecuentemente levantásemos los ojos al cielo, cuánto se encenderian nuestros corazones

en el amor de las santas virtudes! ¡Qué sueltas y prontas quedarían nuestras manos para empresas grandes y fuertes! *Objectum oculis Coelum manus armat ad fortia*, dice el Crisóstomo. Aquellos misteriosos animales, que vió Ezequiel tirar el Carro de la gloria de Dios, por eso corrian con una velocidad, como de rayos: *In similitudinem fulguris coruscantis*: (EZECH. 2.) porque sobre sus cabezas tenían un retrato del cielo: *Similitudo super capita animalium firmamenti*. ¡Qué velozmente correremos nosotros tambien por el camino de los Mandamientos de Dios, si tuviéremos impresa ó esculpida en nuestra cabeza una viva imágen del paraíso! Si hiciéremos muchas veces reflexion sobre la celestial Jerusalén, ciudad de eterna paz, teatro de las soberanas magnificencias, jardín de las delicias divinas, donde no hay espina de trabajo, donde están siempre unidas las flores de todo placer en una perpetua primavera! Gozar la felicisima compañía de tantos mártires, vestidos de viva luz, con palmas en las manos, y con las insignias de sus gloriosos triunfos; el coro purisimo de tantas vírgenes, bordadas sus ropas de candidas azucenas, que con dulcisima melodia cantan alabanzas á su Esposo divino; el ejército innumerable de tantos ángeles, dividido en tantas gerarquias con orden perfectisimo. Si la hermosura de un solo espíritu, el mínimo de los bienaventurados, se aventaja, (segun siente santo Tomás) á la beldad junta de todas las criaturas visibles, ¡qué será ver un número casi infinito de tantos querubines y serafines?

Sobre los corcos angélicos se vé otra mayor gloria, que maravillosamente alegre aquella corte soberana, y es la Reyna del cielo, Madre de Dios

Hombre, coronada de estrellas, vestida del sol, cercada de suavísimos resplandores, de cuya gloria se asombran los ángeles, de cuya felicidad se glorían los bienaventurados. Mucho mas excelente y ventajosa será la gloria de ver la santísima Humanidad del Salvador, que está sentado superior á todos aquellos dichosos ciudadanos, como Rey soberano de gloria, y como Sol entre las estrechas, comunicandoles inexplicables rayos de caridad, é imperceptibles influjos de gozo. Esta sola felicidad es tan excesiva, que llegó á decir san Agustín: *Si tormenta gehennae tolerare oporteret, ut Christum in gloria sua videre possemus; nonne dignum esset, pati, quod triste est, ut tanti boni participes haberemus?*

Pero estos son accidentes de la gloria, respecto de lo esencial, que es ver á Dios, como él nos promete: *Ego ero merces tua magnanimis.* (GEN. 15.) ¡Y qué quiere decir ver á Dios! Gozar de la misma felicidad que goza Dios: *Similis ei erimus, quia videbimus eum, sicuti est.* Beber de aquel torrente de delicias divinas, con que Dios es bienaventurado en sí mismo: *Torrente voluptatis tuae potabis eos.*

¡Qué vida tan dichosa! Contemplar cara á cara, y sin velos ni cortinas, la Omnipotencia del Padre, que crió el cielo y la tierra; la Sabiduría del Hijo, gobernadora con altísima providencia del universo, la Bondad y Amor del Espíritu Santo, fuente inagotable de todos los bienes! ¡Qué felicidad, ver á Dios en un abismo de resplandores, en un teatro de magestad, en un centro de gloria! Y ver en Dios lo que alegra en el sol, lo que recrea en las estrellas, lo que deleita en las flores, lo que divierte en las fuentes,

lo que conorta en los aires frescos, lo que alimenta en los manjares, lo que deleita en las armoniosas músicas. Todas son palabras de S. Agustín; el cual añade, que si una gota de aquel eterno placer, de que gozan los bienaventurados en el cielo, cayese en el infierno, al instante sosegaría todos los dolores, apagaría todas sus llamas, endulzaría todas sus penas, enjugaría todas sus lágrimas, y trocaría en objeto de los deseos aquel infelicísimo alvergue, reino de la desesperación: *Tanta est dulcedo futurae gloriae, ut si una gutta in Infernum de flueret, totam damnatorum amaritudinem dulzoraret.*

Con el pensamiento y con la esperanza de la gloria alegraba todos sus trabajos el Seráfico P. S. Francisco, y se animaba á padecer grandes cosas por Dios. Era gusto oír los coloquios, que tenía con sus afligidos miembros: Padeced con alegría, (decía) ó cuerpo mio, porque presto vendrá algun dia, que estareis impasible á toda pena, lleno de todo placer, y mas lucido que el sol. Mortificaos, ojos míos, y no mireis vanidades terrenas, porque presto mirareis las bellezas gloriosas del paraíso, y al Rey de la gloria en su amable Magestad: *Regem in decore videbunt, oculi mei.* (ISAÍ. 33.) O paladar mio, llevad con dulzura los ayunos; sean, orejas mías, amables á vosotras las injurias; sean deleitables, ó sentidos míos, las mortificaciones, porque antes de mucho tiempo lograreis el gustar de aquel Maná celestial, que encierra todas las delicias de los sabores; os alegrarán aquellas músicas angélicas, que una de ellas sola basta á anegar y embriagar en dulzuras los corazones; sereis recreados con aquella suavísima fragancia que respiran los

collados eternos: *Sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus.* ¡Qué sentirá entonces el bienaventurado, cuando por la breve abnegacion de los sentidos, se verá anegado en aquel abismo de gozos? ¡O felices trabajos! ¡O servicios bien remunerados! ¡O dicha, no para discurrir, sino para desealarla, y buscarla á costa de mil vidas, si tantas tuviesemos que emplear en ellol Con semejantes afectos se consolaba, y confortaba su corazon el glorioso santo, y alegraba su penosa vida, y jubilandando decia:

*Tanto es el bien que me espera,
Que me endulza toda pena.*

Y á la verdad, aquellos miembros y aquellos sentidos, que particularmente hubieren obrado ó padecido por Dios, tendrán, (como dice santo Tomás) (3. QUAEST. 54. ART. 4.) su propio deleite y su gloria especial: *In illis quidam specialis decor apparebit.* Porque ¡qué hará Dios en aquel reino de la felicidad, si en este valle de miserias se ha dignado glorificar con singulares gracias los miembros de sus siervos fieles, empleados con especial aplicacion á su servicio? Los ojos de san Luis, Obispo de Tolosa, que jamás miraron muger alguna al rostro, quedaron en el sepulcro incorruptos y resplandecientes, que parecian diamantes. La mano de san Estevan, rey de Ungria, que distribuyó larguissimas limosnas á los pobres, se conservó siempre entera, fresca y olorosa. La lengua de san Antonio de Padua, que con tantas alabanzas supo bendecir á Dios, y predicar el Evangelio, no estuvo sujeta á corrupcion, antes se mantuvo como viva, y de color hermo-

so entre las cenizas. La cabeza de santa Catalina de Sena, que estuvo coronada de espinas, despues de su muerte se vió resplandecer con tantos rayos, cuantas heridas habia padecido. Hagamos de aquí el argumento: Si en este destierro, que no es el lugar propio de los premios, sino de los méritos y trabajos, Dios manifestó tan especiales favores en los miembros de sus siervos, ¡cuál será la gloria que les tiene preparada para honrarlos y remunerarlos en la patria? Y si en este dia de lágrimas y penas, es tan liberal en hacer gracias, ¡qué será en aquel eterno dia, y alegrisimo de las bodas, para premiar sus servicios? Todas las delicias de la tierra no son otra cosa, que una pequeña muestra, por donde discurramos los inestimables tesoros y riquezas del cielo, y digamos despues, que todo lo hermoso, bueno y alegre de acá abajo es una gota de aquel mar de dulzuras, una florecita de aquel paraíso de deleites, un rayo ó una sombra de aquel sol de belleza, que es la bienaventuranza.

¡O si revolviésemos frecuentemente en el pensamiento aquellos grandes bienes, que fáciles y suaves nos parecerian los males de esta vida! ¡Como diriamos con el Apóstol: *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis.* Vengan, pues, trabajos sobre mí: aflíjanme enfermedades, tribulaciones y desprecios: acabese entre dolores mi vida; y mis años en gemidos, como yo una vez llegue á esta santa ciudad, corte de eternos bienes. ¡Oh, con cuánta razon decia el fortisimo soldado de Cristo S. Agapito, cuando el tirano le amenazaba, que le pondria en la cabeza una celada ardiente: *Parva res est, si caput coronandum in Coelis combu-*

*ratur in terris; ligerisima pena es, que la cabeza, que se debe coronar con diadema de gloria en el cielo, sea ahora ceñida breve tiempo de un yelmo de fuego. Por el paraíso, que tanta sangre costó á los mártires, yo tambien deberé padecer algo de trabajo, y negarme á algun deleite de la tierra. Debo desear una vida mortificada, si el mismo Salvador no subió desde el Olivete á la felicidad, sin haber primero subido desde el calvario á la cruz; antes padeció los clavos, y despues tuvo en la mano el cetro: antes la desnudéz, y luego el manto real de luz; antes las espinas, y despues el Iris por corona; antes la cruz, y despues el trono de gloria, en que reina. Y si gustó resucitado el panal de miel, (dice Tertuliano) antes habia bebido la amargura de la hiel: *Favos post fella gustavit*. Por este camino subió al cielo, y por el mismo nos enseña á seguirle. Si, sí, desde ahora renuncio los bienes engañosos de la tierra, por aspirar á los verdaderos bienes del cielo. Adios, vanos placeres del mundo, allá os goce quien no conoce otros mejores, mas durables y eternos. A tí, ó glorioso y feliz paraíso, consagró todos mis pensamientos; en tí deposito mi corazón y mis deseos: á tí dedico para siempre mis afectos, y mi espíritu.*

§. III.

EJEMPLO.

Mandó Dios á Noé, que en la fábrica del arca hiciese una ventana: *Fenestram in Arca facies*, (DREXEL. NOE. CAP. 10.) la cual (segun Oleastro)

estaba colocada en la parte superior por donde se pudiese ver el cielo: *Haec fenestra fuit in summitate Coelum versus, quod per eam potuerit spectari*. Y esto con prudentísimo consejo, para que el santo patriarca en aquel universal diluvio del mundo, en aquella penosa cárcel de tanto tiempo, tuviese con que consolar sus fatigas: por ser la vista del cielo un suavísimo confortativo, que enjuga todas las lágrimas de los atribulados, y un maná celestial, que endulza todas las amarguras, como lo manifiesta la historia siguiente.

Dos caballeros, gentiles hombres de un gran príncipe de Italia, cansados, y hartos de las inquietudes de la corte, obtenida licencia por algunos dias para divertirse y recrearse en el campo, se recojieron á un Convento de Religiosos. Fueron recibidos con los brazos abiertos, con mucho amor, y llevados á dár un paseo por el jardín, donde al ver la amenidad del sitio, la fragancia de los olores, la quietud y silencio de la soledad, no se hartaban de respirar aquel dulce y suavísimo aire, y de mirar con santa embidia la serena alegría, que brotaba el semblante de aquellos santos Monges, y decian entre sí: ¡O qué gran diferencia hay en la Babilonia de la corte, á esta Jerusalén de paz! Allá todo es fingimiento, inquietudes y sospechas: aquí todo es verdad, sinceridad, sosiego, amor. Dichosos vosotros, ó siervos de Dios, que anticipadamente gozais en la tierra las delicias del cielo!

Convidados despues á subir á lo alto de los claustros, quedaron mas admirados, al ver cuán contentos vivian en gran pobreza; y al oír al Abad, que les referia las virtudes de sus Monges: la ma-

yor parte de ellos eran de noble é ilustre sangre y parentela, grandes en el mundo, ya por riqueza, ya por dignidades, y habian trocado los vanos alhagos de la tierra, por las seguras esperanzas del cielo. Discurriendo de esta suerte, proseguian su paseo de celda en celda, hasta que al fin del claustro llegaron á la de un santo viejo, blanco como un cisne, y alegre como un bienaventurado, con un aire de semblante el mas sereno, que podia explicar la mayor alegría. Este era gran maestro de espíritu, de que hablaba con tanto fervor y suavidad, que era sumo gusto el oírle. Entrando, pues, en su celda, le indujeron á hablar alguna cosa de Dios, lo que hizo con tanta gracia, que los caballeros, estando ya cogidos y presos por los ojos al ver tanta serenidad de rostro, quedaron mas cautivos por los oídos al escuchar y sentir la dulzura de sus razones y discurso, y de ahí tomaron aliento para preguntarle, ¿cómo podia mantener tanto contento de corazón, y alegría de espíritu en tanto rigor y aspereza de vida? ¿Si acaso alguna vez habia padecido tribulaciones, melancolias, congojas de alma ó de cuerpo? A que él cándidamente respondió con un dulce suspiro: ¡oh, cuántas y cuántas aficciones han oprimido mi pobre corazón en el largo discurso de mi vida! Ni sabré decir bien, si han sido mas los trabajos interiores del alma, ó las enfermedades del cuerpo; pero, gracias á Dios, supe hallar un remedio universal, fácil y suave, para convertir en gozo todo trabajo. Bástame abrir esta pequeña ventana, y dar una ojeada, cuando veo un no sé qué, que me llena el corazón de extraordinaria alegría. Apenas oyeron esto, cuando los caballeros abrieron

la ventana, con curiosidad de ver cuál fuese aquel objeto, que tanto recreaba al venerable anciano; pero quedaron atónitos, viendo que frente de la ventana estaba un murallon viejo, que embarazaba la vista, no solo del jardín, mas aun del cielo; y así maravillados, le dijeron: Nada se descubre desde aquí, que pueda consolaros. ¿Nada? (replicó el monge.) ¡O cómo se descubre muy bien un objeto de sumo consuelo, si con ojos mas despiertos lo mirais! Entonces, asomandose de nuevo uno de ellos, vió por un agujero de la misma muralla un poco de cielo, y dijo: Yo no alcanzo á ver otra cosa, que por la rotura del muro un palmo de cielo. ¡Oh, (añadió el monge) aquel palmo de cielo solo me basta á mí para llenarme de consolacion: cuando la abundancia de las penas viene de golpe á ahogarme el corazón, con solo fijar la vista en aquel poco de cielo, se alegra indeciblemente mi alma, y las lágrimas de tristeza se cambian en lágrimas de gozo. ¿Y cómo podia ya no alegrarme, viendo que me crió Dios para aquella pátria de las delicias? Yo os aseguro, que tal vez, al ver y considerar la gloria de los bienaventurados, y la soberana hermosura del paraíso, apenas puedo, con fatiga, retener mi alma y oprimirla, para que no se salga y vuele del cuerpo. ¡Ay, que quien mira al cielo, no puede ya ver en esta tierra cosa, que sea digna de ser vista ni amada! Mientras esto decia, se levantó un dulce torbellino en su corazón, á quien sucedió una lluvia de lágrimas, que ahogó y embarazó el resto de su discurso. Los caballeros, que con ojos blandos de llanto, y fijos en él le escuchaban, se le arrojaron al punto á los pies, pidiendole su bendicion, resueltos á pasar el res-

to de su vida en aquel convento. No se saciaban de mirar yá el uno, yá el otro por aquel agujero de la muralla al cielo; y al mirarle, repetían: *Adios, corte: adios, esperanzas del mundo;* y con estas palabras, se les caían de las manos todas las cosas, y se les desaparecían de los ojos, como jardines encantados.

Veis aquí ¡cuánto puede una sola vista atenta del cielo, qué conorte dá en los trabajos, qué dulce violencia hace á los corazones, para desasirlos de la tierra! Si nosotros tambien levantasemos los ojos al cielo, ¡qué esperanza, qué brío no consebiriamos para ganarle? Hagamos lo que aquellos peregrinos, que mirando de lejos la tierra santa, y no permitiendoles pasar adelante, á lo menos la saludan. Digamos con el V. P. Fr. Luis de Granada: ¡O dulcísima patria! ¡O tierra de los vivientes! Dios te salve, puerto seguro de las tempestades, refugio de las almas trabajadas, paraíso de deleites, corte de inmensa magestad, jardín de flores eternas, premio de todos los justos, término de nuestros deseos. Dios te salve, esperanza nuestra, y nuestra felicidad, por quien suspiramos, gemimos y peleamos. ¡O cuando será aquel día, en que saliendo de las olas tempestuosas del siglo, fijemos el áncora de nuestra vida en aquel puerto dichoso de toda felicidad, para gozar los bienes eternos de la soberana gloria, y las alegrías durables de la celestial Jerusalén.

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. cap. 49. Del deseo de la vida eterna.

LECCION XVI.

DEL AMOR DE DIOS.

EL epílogo de estas lecciones, el sello de nuestros corazones sea el amor de Dios. Sean inútiles todos los motivos hasta aquí atraídos para convencernos: el amor de Dios ha de conseguir la victoria, porque los afectos de su caridad harían, sin duda, mas fuerte y suave violencia al corazón, si miráramos los grandes beneficios, con que ha probado claramente cuanto nos ama. Mira, hombre, el beneficio de la creación y conservación, que contiene cuanto hay, y cuanto eres: un cuerpo sano, dotado de cinco bellos sentidos; un alma perfecta, enriquecida de tan nobles potencias, que se te concedieron sin algun mérito tuyo, y conservadas por mera gracia. ¿no son estos favores, que testifican que Dios te ama? Mira como dió el ser á los elementos, vida á las plantas, sentir á los brutos, el entender á los ángeles, y en tí solo unió todas estas prerrogativas: como produjo la muchedumbre, la variedad y la hermosura de las criaturas, para que te sirvan, no solo á la necesidad, sino á las delicias. Todas, todas están predicando lo que Dios te ama. Con razon decia san Agustin: *Coelum, et terra clamat, Domine, ut te ament.* Si entro en un jardín, y veo la belleza de las flores, siento la fragancia de los olores, gusto de la suavidad de los frutos, todas me dicen: *Ama amantem Creatorem.* Si levanto los ojos al cielo, y miro la cara del sol, que con tanto orden reparte su luz;